

En cuanto a los significados *de época* del término vanguardia, son múltiples y no necesariamente coincidentes con sus delimitaciones teóricas. Una primera posición es la que entiende vanguardia como *puesta al día*. En dos eventos significativos del campo artístico inmediatamente posterior al derrocamiento de Perón, la Primera Reunión de Arte Contemporáneo (Santa Fe, 1957) y la sonada exposición “150 años de arte argentino” (en el Museo Nacional de Bellas Artes, 1960), se argumenta la apuesta por la vanguardia como eje vertebral del relanzamiento del arte argentino al mundo, luego de un período signado por el aislamiento y el atraso (así caracterizaban al primer peronismo). Durante la reunión en Santa Fe, las posiciones en torno a la vanguardia asumieron una clave adorniana: la defensa de un arte autónomo frente a la amenaza de la cultura de masas y la política.

Otra posición es aquella que asume como programa la invención de una vanguardia nacional. En el primer libro de Luis Felipe Noé, *Antiestética* (1965), se articula la voluntad de crearla, en términos de una fundación antes que de una ruptura con lo existente. Concibe dicha vanguardia en el cruce entre identidad nacional e información cosmopolita.

Un conjunto de perspectivas acerca de la vanguardia artística puede rastrearse en las publicaciones de las viejas y nuevas izquierdas. Mientras algunos sectores de la izquierda persistieron en la impugnación hacia la vanguardia, otros justificaron la superposición entre vanguardia y realismo, y algunos otros asumieron la defensa de la vanguardia como programa artístico-político. Si bien es predominante el ataque a la vanguardia entendiéndola como moda extranjerizante o ejercicio meramente lúdico y superficial, lo que aparece en el análisis de los debates a lo largo de la época en una revista como Cuadernos de Cultura, órgano cultural del Partido Comunista Argentino, es un trayecto que va de la impugnación (ubicarse enfáticamente *contra* la vanguardia y en defensa del realismo) a la reivindicación (en una pugna por definir cuál es la verdadera vanguardia, en tanto posición de valor y legitimidad). En lugar de reeditarse la antigua oposición entre realismo y abstracción, según la cual la vanguardia es leída como la expresión decadente de la burguesía en descomposición, se acude hacia fines de los sesenta al término “vanguardia” como si fuera un paraguas similar al que en décadas previas había constituido el término “realismo”, es decir, un concepto tan flexible como para abarcar todo aquello que se quiere defender como posición de valor.

Es evidente que los artistas que participan en los debates organizados por la revista comunista se perciben excluidos y amenazados por el lugar central que ocupa en el campo lo que llaman “la vanguardia” (aquellos artistas favorecidos por su pertenencia a la trama institucional modernizadora, en especial al Instituto Di Tella).